



**Compilación de entradas #04**

# **Bibliotecario**

**Un blog de Edgardo Civallero**

**Bibliotecario**  
**Compilación de entradas 04**

**Edgardo Civallero**



© Edgardo Civallero, 2020.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

## Versos de escarnio andinos

Rumitaqe es un cerro ubicado al suroeste del lago de Langui, en la provincia de Canas, en las alturas andinas del departamento peruano de Cusco.

Allí, en 1921, se reunieron varias comunidades campesinas quechuas para acabar, en revuelta, con los hacendados y patrones blancos, con quienes tenían seculares conflictos por las tierras, y por quienes eran absolutamente explotados. Los choques fueron sangrientos, y dejaron numerosos muertos en ambos bandos.

En 1980 Abraham Valencia recogió tanto los testimonios escritos sobre la llamada "Masacre de Rumitaqe" como las muchas tradiciones orales populares que, sobre ese evento, aún circulaban en Canas. Una de tales tradiciones señalaba que, en el curso de uno de los tantos enfrentamientos entre "indios" y "mistis", los campesinos entonaron un canto desafiante.

Oye, ladrón bandido,  
hoy te mataré,  
carajo.  
¿Para qué has venido a nuestras casas,  
a nuestros pueblos,  
carajo?  
¿Quién acaso ha ido a tus casas.

a tus pueblos?  
¿No decían ustedes todavía:  
carajo,  
hoy como siempre,  
como antes,  
bien de rodillas me has de servir?

Las estrofas reproducen la estructura de los cantos empleados por los indígenas andinos en sus enfrentamientos rituales. Incluyendo la rítmica repetición de ese "carajo" tomado prestado del castellano.

Los versos siguen directamente en quechua...

*Kunan punchaymanta  
chayqa, karaqa, tukukapun.  
Tukuyta qonqanayki.  
Suwa suwarunakuna,  
maytaq chakrayku?  
Maytaq uywayku?  
Suwa allqu mistikuna,  
kunan makiykupi wañunkichis.  
Kunan manañan  
ñaupañachu kayku.  
Manañan muspaykuchu*

*ni puñuykuchu.*  
*Kunanqa allintam rikcharyku,*  
*karaqo.*

[A partir del día de hoy  
esto, carajo, se terminó.  
Has de olvidarlo del todo.  
Ladrones, hombres ladrones,  
¿dónde están nuestras chacras,  
dónde nuestros animales?  
*Mistis*, perros ladrones,  
hoy en nuestras manos van a morir.  
Hoy no somos ya  
como en el tiempo pasado.  
Ya no soñamos  
ni dormimos.  
Hoy pues empezamos a despertar del todo,  
Carajo].

Hoy, presentados como "Versos de escarnio contra los latifundistas", han sido incluidos en numerosos libros y artículos que analizan el discurso indígena y, sobre todo, las luchas de resistencia de las clases populares contra los opresores. Y sirven de testimonio de una de las muchas "batallas" (generalmente olvidadas por la historia

oficial) que esas clases libraron para lograr una porción, aunque sea ínfima, de libertad y de respeto.

Una porción que aún siguen sin obtener.

### **Bibliografía**

Bonilla, Heraclio (comp.). *Los Andes en la encrucijada. Indios, comunidades y Estado en el siglo XIX*. Quito: Ediciones Libri Mundi, FLACSO Ecuador, s.f.

Lienhard, Martin (comp.). *Testimonios, cartas y manifiestos indígenas (desde la conquista hasta comienzos del siglo XX)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992.

Lienhard, Martin. *La voz y su huella*. México: Ediciones Casa Juan Pablos, 2003.

Valencia Espinosa, Abraham. Las batallas de Rumitaje; Movimientos campesinos de 1921 en Canas. En Jorge Flores Ochoa y A. Valencia (eds.). *Rebeliones indígenas quechuas y aymaras*. Cuzco: Centro de Estudios Andinos, s.f.



## Kurú sú

La encontré en una de las salas del Museo Nacional de Colombia, en Bogotá. El cartel, a su lado, la describía así:

El jaibaná es el médico tradicional de los pueblos indígenas waunana y emberá. Ejerce la autoridad ancestral, cura las enfermedades y garantiza los ciclos naturales. En la década de los cuarenta se elaboró una tabla médica conocida con el nombre de *kurú sú* (de *kurú*: madera). Se trata de una representación del cosmos y de las fuerzas espirituales que los jaibanáes de Dabeiba conservan en sus altares individuales (*chi-mió-ego-barí*). Al llevar a cabo una sanación el paciente debe mirar la tabla para activar sus facultades mientras el jaibaná invoca a los espíritus registrados en ella para consumir la curación. La tabla es un registro visual que brinda testimonio de una historia que ocurre en un tiempo remoto y originario que se repite. El *kurú sú* es el soporte de la memoria y el pasado materialmente presente.

De acuerdo a la ficha del propio museo, se trata de un objeto de la etnia Waunana o Wounaan recogido en Dabeiba, departamento de Antioquia, en 1949. Está hecha de madera de balsa, y mide 36 x 62 cm. Una descripción de su uso aparece en un artículo de Roberto Pineda Giraldo y Virginia Gutiérrez de Pineda, titulado "Ciclo vital y chamanismo entre los indios chocó" (*Revista Colombiana de Antropología*, 25, 1985, 9-

181), que se ocupa del trabajo de los jaibanás de los cuatro pueblos "chocó" (los tres grupos Emberá y los Wounaan).

Los Wounaan (Waunana, Noanama, Uaunan, Waunan, Waunmeu) viven hoy en diez asentamientos dispersos en las riberas de los ríos San Juan, Baudó y Atrato, entre los departamentos colombianos de Chocó y Valle del Cauca. Hablan su lengua, el wounmeu, de la familia chocó. Su cultura tradicional, que ellos denominan *maach hi* ("nuestras costumbres"), ha ido desapareciendo en el último medio siglo. A pesar de ello, aún sobreviven los cantos y las danzas con las cuales se realizan las rogativas a Ewandam, el ser superior, junto a algunas ceremonias y juegos, la pintura corporal con jagua, las actividades en los espacios comunitarios, y las artesanías.

Y los jaibanás.

El jaibaná es el sabio o chamán de la comunidad. Tiene la capacidad tanto de enfermar como de curar a la tierra y a las personas, merced a su contacto directo con los *jai*, las esencias o energías de seres humanos y no humanos, cosas y fenómenos naturales. En sus éxtasis místicos, los jaibanás pueden cruzar las barreras temporales y espaciales y ver lo que está oculto para todos los demás.

Uno de los roles del jaibaná es el de médico del grupo. Utiliza invocaciones, rezos y plantas medicinales, junto con ofrendas y bebidas, para comunicarse con los espíritus y aliviar la salud de los enfermos. Los *jai*, al ser invocados, ayudan a ahuyentar enfermedades y desgracias. Los jaibanás también emplean cantos, de los cuales

conocen hasta una veintena, e interpretan algunos instrumentos, como las trompetas tubulares de guadua o yarumo, o las bocinas de caracola marina.

Y, por supuesto, las *kurú sú*.

Para los Wounaan, el territorio ancestral es aquel lugar en el que se guarda todo el conocimiento de la comunidad: los mitos, la geografía mental, las costumbres y la espiritualidad de todos los seres vivos. Es allí donde los jaibanás toman sus poderes. Y es allí, en su territorio, donde obtienen los diseños que pintan sobre la superficie de sus tablas médicas.

## Aire de tontoyogo

La primera vez que me topé con la voz "tontoyogo" fue en un disco del grupo argentino Los Trovadores, "Imagínalo" (1983). Un excelente trabajo, con pistas en las que se mezclaban la canción-protesta de una Argentina que recién recuperaba la democracia con el mejor folklore nacional. El último tema de la cara B era "Aire de tontoyogo".

Le pedí al ceibo el tambor  
y al grillito su violín,  
pero pa' hacer el tontoyogo  
tiene que haber el mocoví...

Péguele al cura, señor San Javier,  
ya pégueme, ya pégueme,  
que no nos deja salir con usté,  
vaya a saber, vaya a saber.

...comenzaba. Aquel género era toda una rareza. Verdaderamente inclasificable para mis entonces ignorantes oídos de adolescente descubridor de melodías y ritmos.

Tengo sed de latagá  
porque por pobre sofriendo.

El blanco tiene libreta  
por eso lo andan queriendo.

Péguele al blanco, señor San Francisco,  
sangre e' nosotros' juntó pa' ser rico.  
Porque no quiere que esté entre la indiada  
déljelo atao pa' que pague y se vaya.

Apenas si entendía el sentido de la letra. Por entonces lo único que sabía era que los  
"mocoví" habían sido un grupo de indígenas del Chaco argentino. Poco más...

El comisario no deja chupar,  
péguele ya, péguele ya.  
Tarde pa'l toldo llegó Tata Dios,  
indio se va, indio se va.

Ahora sí, señor San Javier,  
la vela que debo la voy a encender.  
Indio se va, muriendo se va,  
tarde pa'l toldo llegó Tata Dios...

Con los años –concretamente, luego de haber trabajado con los Moqoit o "mocoví",  
que no "eran", sino que siguen siendo una de las sociedades originarias del Chaco  
argentino– descubrí que el poeta Julio Migno, autor de la letra de "Aire de tontoyogo",

había querido imitar el uso que hacen los Moqoit del castellano, reflejando a la vez muchas de sus problemáticas (que no solo siguen siendo las mismas hoy en día, sino que se han multiplicado). Descubrí que la música del tema pertenece al cantautor Oscar Vera Cruz –originario de la provincia de Santa Fe, igual que Migno– y que este la grabó en un disco, "Verdades", que, como "Imagínalo", también vio la luz en 1983.

Aprendí que la latagá era (y, en parte, sigue siendo) una bebida alcohólica hecha a partir de algarroba fermentada, y que el tontoyogo, tonto-yogo o tonto yogo era (y aquí, lamentablemente, debo mantener el verbo en pasado) una vieja danza Moqoit. Una de la que ha quedado solo el nombre.

Los Moqoit habitaron (y aún habitan, aunque con su población significativamente reducida y arrinconada) el norte de la provincia de Santa Fe y el sur de la del Chaco, en el noreste argentino, a orillas del gran río Paraná. Junto con sus vecinos del sur, los Abipón (hoy desaparecidos), y los del norte, los Qom (o "tobas"), presentaron una férrea resistencia al invasor blanco, ya español, ya argentino. Sólo los misioneros jesuitas y franciscanos lograron contener su justificada furia. Y lo hicieron instalando las conocidas "reducciones". Hacia 1743 se fundó en el norte de Santa Fe la misión jesuita de San Javier, en donde ejerció su labor el famoso padre Florián Paucke (cuyo testimonio escrito, "Hacia allá y para acá", es uno de los documentos más valiosos sobre la vida de los Moqoit de aquellos tiempos). Tras la expulsión de la orden jesuítica de las Américas en 1767, toda la región se vio sujeta a los fuertes y numerosos vaivenes que tuvo la historia argentina, incluyendo las guerras de la independencia, las contiendas intestinas y, sobre todo, la conquista y "pacificación" del Chaco (finales del

siglo XIX y principios del XX), es decir, la ocupación y colonización definitiva y total de las tierras del noreste del país y la eliminación de sus dueños y ocupantes originales.

Esto incluía a los Moqoit, que para entonces estaban ubicados sobre todo en el actual departamento santafesino de San Javier, en las tierras en las que antaño habían sido "reducidos" por los misioneros.

El tontoyogo aparece reseñado en los relatos del colono suizo Nicolás Dayer (recogidos por su nieta Gloria), establecido en territorio Moqoit hacia 1853. El hombre señaló que ese pueblo era afecto a la flauta y al tambor, y a los bailes "cielo chico", "cielo grande", "tontoyogo", "de la vizcacha" y "del avestruz".

En 1904 tuvo lugar en San Javier –para entonces una población principalmente ocupada por colonos blancos, pero con fuerte presencia aborigen– "el último malón" Moqoit, es decir, el último ataque o revuelta indígena. El resultado fue totalmente adverso para la población nativa, que se dispersó y ocultó su filiación y origen para evitar represalias. Alcides Greca, historiador que grabó la película "El último malón" en 1917 para dejar un documento que recogiera esos hechos, señaló que en sus toderías los Moqoit bailaban el "sarandí", el "tontoyogo", el "bravo" y el "cielito", y que a veces los blancos del pueblo se unían a ellos en sus festejos.

En años posteriores, poco más se supo en Argentina sobre la cultura y el destino de los Moqoit. El trabajo de algunos artistas locales (generalmente blancos), sobre todo del departamento de San Javier, se hacía eco de lo poco que se conocía: alguna palabra,

alguna costumbre... Un ejemplo es la obra del propio Migno, que recuperó y exaltó en sus creaciones la memoria y el espíritu de los "mocovíes". Sus poesías reflejan, entre otras cosas, la veneración que sentían los indígenas por San Francisco Javier, su santo patrón, y como ejecutaban la danza del tontoyogo como ofrenda.

Afortunadamente, los tiempos trajeron cambios. Desde hace unas tres décadas comenzó un potente movimiento de recuperación cultural entre las sociedades indígenas argentinas, acompañado, en muchos casos, por el interés y el apoyo de la población local no-indígena. Es así que los descendientes de los Moqoit han comenzado a identificarse y a aceptarse como tales y a buscar a los últimos ancianos memoriosos para intentar recuperar su lengua, sus creencias y sus costumbres, incluyendo la música y las danzas. Comenzaron las investigaciones, comenzaron los recuerdos, y aún se sigue sistematizando todo el acervo oral que se ha ido recuperando, pieza a pieza, palabra a palabra.

Al revisar documentos para concluir esta entrada me encontré con una entrevista realizada en los 90', en donde los alumnos de una escuela de la localidad de Romang, en el norte de Santa Fe, recogieron testimonios sobre "el último malón" Moqoit. Para ellos, un entrevistado de origen indígena llamado Atahulfo Seco entonó el siguiente tontoyogo, que fue transcrito fonéticamente y traducido de forma aproximada:

Tontoyogo, tontoyogo, lalará lalará lalará...

Tontoyogo, tontoyogo, loyak sptaripí [lindo es el baile].

Tontoyogo, tontoyogo, eké vacagní [igual que la luna].



[Palmas]

Tontoyogo, tontoyogo, lalalá lalalá lalalá...

Tontoyogo, tontoyogo, acvec alipí [hay muchas mujeres].

Tontoyogo, tontoyogo, eké lo shiraigó [igual que las estrellas].

Ñaatíc, tontoyogo. Tontoyogo, ñaatíc [Gracias, tontoyogo].

Encontrarme con esta joya me lleva a pensar que quizás dentro de poco pueda (podamos) volver a hablar del tontoyogo, escucharlo, verlo bailar. Dejará de ser un arreglo folklórico sobre una poesía en lengua extranjera –por maravillosos y comprometidos que sean poesía y arreglos– y volverá a ser la danza que un día fue. Acompañada por cantos en una lengua que de a poco despierta de un largo sueño.

## Los dibujantes del Chaco

El Gran Chaco es una llanura selvática y húmeda, llena de bañados y cruzada por enormes ríos, que ocupa el noreste de Argentina, buena parte de Paraguay, el sureste de Bolivia y el suroeste de Brasil. La sección austral se ubica al sur del río Bermejo y la central, entre el Bermejo y el Pilcomayo; ambas se encuentran, pues, dentro del actual territorio argentino. Tan indómita e inexpugnable que fue llamada "Impenetrable" por los conquistadores europeos, la región estuvo cubierta por densos bosques y habitada por numerosos pueblos indígenas; de todo ello, solo fragmentos y rezagos han sobrevivido hasta en la actualidad.

Las más tempranas descripciones de ese territorio fueron obra de los jesuitas. Los sacerdotes de la Orden de San Ignacio se contaron entre los pocos que se adentraron y vivieron en el Chaco y quisieron dedicar su tiempo y sus ganas a hablar tanto de la geografía que recorrieron y de la naturaleza que se encontraron como de los pobladores originarios con los que convivieron. El padre Pedro Lozano fue el autor de la gran "Descripción Chorográfica del Gran Chaco Gualamba" (1733), que incluye un mapa muy detallado del área, obra del padre Antonio Machoni (que luego escribiría el único "arte" sobreviviente sobre la lengua lule y tonocoté), además de muchísimos datos etnográficos, históricos y geográficos. El padre José Jolís, por su parte, escribió "Saggio sulla storia naturale della Provincia del Gran Chaco" (1789). A estos trabajos pueden agregarse las anotaciones de Alonso de Bárcena, Pedro de Añasco, Gabriel Patiño, Antonio Moxi, Vicente Olcina, Roque Gorostiza, Joaquín Camaño, José Cardiel y

Agustín Castañares y, por supuesto, la treintena de volúmenes producidos por una autoridad como fue el padre José Sánchez Labrador (1717-1798).

Sin embargo, hay dos obras que destacan por su rica descripción de dos pueblos chaqueños de la familia lingüística guaycurú (uno de ellos ya desaparecido) y, sobre todo, por sus ilustraciones. Se trata de "Historia de Abiponibus, equestri bellicosaque Paraquariae natione" (traducido al español como "Historia de los Abipones"), del padre Martín Dobrizhoffer, y "Hacia allá y para acá: Una estadía entre los indios Mocovíes, 1749-1767", del padre Florián Paucke.

Dobrizhoffer había nacido en Frymburk, un pueblo de la actual República Checa, cerca de Austria. Cambió sus frías tierras natales por el pegajoso calor del Paraguay y el Chaco austral. Sus ilustraciones, realizadas en blanco y negro, retratan sobre todo a partidas de guerreros abipones, un pueblo que vivió en el centro de la actual provincia argentina de Santa Fe y cuyos últimos rastros se desvanecieron hacia finales del siglo XIX. "Historia de Abiponibus", escrito originalmente en latín y publicado en tres volúmenes, refleja, en un estilo bastante vivo y pintoresco, las vivencias del sacerdote intentando "occidentalizar" a una sociedad cuya característica principal fue la resistencia activa ante el europeo. En medio de sus aventuras y desvelos se van colando informaciones lingüísticas, referencias etnológicas y *raccontos* históricos.

Paucke (o Baucke), por su parte, era de Winzig, en la Silesia austríaca, e ilustró su relato con unas preciosas y coloridas témperas y acuarelas en las que retrató tanto la fauna y la flora que poblaban el territorio del pueblo Mocoví o Moqoit (actualmente

habitante de comunidades rurales y periurbanas en el norte de la provincia de Santa Fe y el sur de la de Chaco, en Argentina) como sus costumbres, sobre todo las más cotidianas (las partidas de caza o la búsqueda de miel). Las pinturas de Paucke son célebres por su sencilla belleza y por su fidelidad al modelo natural.

Como hicieron muchos otros compañeros de Orden, ambos religiosos recopilaron, narraron e intentaron explicar(se) –desde su perspectiva europea, barroca y católica– la cultura y la vida diaria de las comunidades junto a las que vivieron, trabajaron y aprendieron. Más allá de los numerosos sesgos e inexactitudes de los que puedan adolecer, sus notas constituyen, en algunos casos, los únicos testimonios de los hechos y las realidades pasadas de ciertas sociedades originarias chaqueñas.

Esos testimonios fueron trabajosamente plasmados tanto con la pluma como con el pincel. Y a través de ellos habló el férreo religioso del Viejo Mundo, pero también, aquí y allá, el hombre maravillado ante un Mundo Nuevo lleno de aves y peces ignotos, juegos infantiles a orillas del río y horizontes de nunca acabar.

